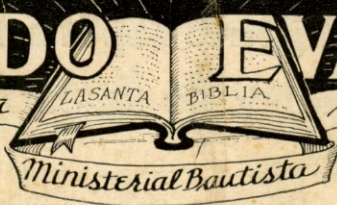


HERALDO EVANGELICO

Organo de la Alianza de Habla Española.
Ministerial Bautista



AÑO I

NUEVA YORK, N. Y. — MARZO, 1951

Núm. 2



Rdo. Abelardo M. Díaz Morales

622

Abelardo M. Díaz Morales: Muerto En Tus Alturas

"Y murió Samuel y juntóse todo Israel y lo lloraron, y lo sepultaron en su casa, en Rama." 1 Samuel 25:1.

Así, con el laconismo elocuente que muchas veces la Biblia describe los grandes acontecimientos, nos informa la muerte del gran profeta de Israel. Y nosotros al hablar de nuestro gran profeta evangélico puertorriqueño también podemos decir: Y murió Abelardo M. Díaz Morales y juntóse todo Puerto Rico y lo lloraron, y lo sepultaron en su pueblo amado, en Caguas. Pero Abelardo M. Díaz Morales no fué llorado en Caguas y en Puerto Rico solamente; fué llorado en Nueva York y en donde quiera que le conocieron, porque todos los que le conocieron le amaron.

Escribo este artículo con mi corazón profundamente conmovido, en memoria de mi mejor amigo.

El día veinte de marzo, el año pasado, a la una de la tarde, recibí un cable de su hija Abigail, en el que me decía: "Papá murió hoy." Yo sabía que él estaba gravemente enfermo durante las últimas semanas, pero en mis constantes oraciones por él esperaba otra reacción recuperadora de su salud. ¡Cuán triste y sólo me sentí con la noticia tan dolorosa! Me sentí vivir la agonía espiritual de David con motivo a la muerte de su amigo Jonatán: "Jonatán, muerto en tus alturas. Angustia tengo por tí, hermano mío, Jonatán." 2 Samuel 1:25.

Ha transcurrido casi un año y todavía mi mente y mi corazón recienten a aceptar la realidad dolorosa de que Abelardo no está en Caguas, pastoreando aquella buena y floreciente iglesia. Pero es la verdad. Abelardo se nos fué con el Señor, a quién tanto amó y con tanta lealtad, integridad y consagración sirvió. Se fué

rodeado de su noble y amada familia, de la buena Iglesia Bautista de Caguas y de sus compañeros y compañeras que tanto le amaban y pudieron estar con él en sus últimas horas. Sin duda en cada corazón, alrededor de su lecho, estaba el quejido angustioso que expresó Fray Luis de León: "¿Y dejas, Pastor santo, tu grey en este valle hondo y humilde?"

En su muerte se olvidaron las diferencias religiosas, porque él nos amaba a todos, y los creyentes de distintas agrupaciones se identificaron en el dolor, a la luz del astro que se ocultaba de este mundo para brillar con fulgores eternos en el firmamento de la eternidad.

Conocí a Abelardo M. Díaz Morales en el año 1908, cuando siendo él pastor de la Iglesia Bautista de Coamo yo era estudiante en una escuelita que la Misión Bautista había establecido en aquel pueblo, para jóvenes aspirantes al ministerio. Abelardo era maestro y discípulo en aquella escuela. Nuestra amistad fué fortaleciéndose con el transcurrir del tiempo hasta que, tanto él como yo, la comparábamos con la amistad entre David y Jonatán. Muchacho campesino, tímido, humilde y con un grande complejo de inferioridad era yo. El siempre me animaba y me inspiraba a seguir adelante. En la última carta que recibí de él, pocas semanas antes de su última gravedad, me decía: "Te felicito cordialmente por la obra que haz hecho y estás haciendo en Nueva York. Haz resultado el pastor y el predicador que yo esperaba. Tuve discusiones con los superintendentes de la Misión, los que no esperaban mucho de tí. Yo siempre les sostenía lo

contrario. Pero no hay que culparlos. Sólo es Dios quien puede ver el corazón y el futuro.”

Abelardo M. Díaz Morales fué el hombre que más influyó en mi vida. El me animó a continuar en la obra evangélica, cuando las nubes obscurecían mi visión. El me estimuló a escribir. Yo le enviaba mis articulitos de novel incipiente, él me los corregía y me escribía cartas estimulantes. Su ejemplo y su afecto me hicieron un asiduo lector de buenos libros. El fué mi maestro y mi pastor. Su presencia y sus cartas me hacían olvidar mis desalientos, mis pequeñeces y mis limitaciones y creaban en mí amplias visiones de fe y esperanza. Así su personalidad noble, sabia y generosa llegó a ser para mí una norma de acción. Como el joven músico, que cuando tocaba sólo miraba a su maestro, cuando yo predicaba un sermón en su presencia esperaba su opinión como la clasificación final. Cuando escribía un artículo lo hacía pensando que Abelardo habría de leerlo. Sus consejos para mí eran palabra sagrada. Me escribía con frecuencia y siempre sus cartas me eran inspiradoras. Sus opiniones eran siempre sabias y oportunas y sus consejos rectos y alentadores. Por eso, cuando supe que se había ido, me sentí sólo, y todavía siento la soledad de su ausencia.

Expreso, con toda la sinceridad de mi alma, lo que le debo a él y el afecto cordial y profundo que nos unía, pero sé que muchos otros hombres en Puerto Rico, con la misma sinceridad, podrán decir lo mismo que yo digo. El tuvo la visión de Cristo en los hombres. Nunca fijaba su atención en las debilidades y en las limitaciones humanas, pero sí en lo bueno que hay en cada hombre, y probándoles que les amaba, les estimulaba a superarse mejorándose. Por eso él es el padre espiritual e intelectual de una generación de capacitados pastores y prominentes hombres laicos en Puerto Rico.

Fuera de las iglesias hizo también sentir su influencia inspiradora.

Abelardo, como Abraham Lincoln, amaba los niños, escribía para ellos, sabía predicarles y los niños siempre veían en él un verdadero amigo. Su primera obra escrita fué un libro titulado “Por el Bien de nuestros Niños” y siempre vivió el título de aquella obra.

Abelardo fué un gran escritor, un gran pastor, un excelente maestro, un gran amigo, un gran predicador. He oído, en este país a prominentes y famosos predicadores, pero ninguno le supera en la profundidad espiritual, la sencillez, la lógica y la claridad de sus sermones y conferencias. Siempre le consideré como un gran profeta de Dios con el corazón de San Francisco de Asís y la mentalidad excepcional de San Agustín.

El día 20 de marzo de 1949, un año exacto antes de su muerte, lo pasé con él en Caguas y prediqué en su iglesia. Después de terminar el sermón subió al púlpito y estuvo abrazado a mí hasta que terminó el servicio. Creo que tanto él como yo presentíamos que aquella era nuestra despedida en este mundo. La última vez que le ví fué en Río Piedras, el día antes de yo salir para Nueva York. Vino sólo de Caguas a Río Piedras. Pasamos la tarde juntos. Estaba muy contento y bromista. Yo le reprendí diciéndole: “¿Abelardo, cómo usted viene sólo hasta acá? Eso es peligroso para usted.” Y él, con aquella dulce jocosidad que le caracterizaba me dijo: “Muchacho, me le huí a Sunchita. (Su buena esposa). Es que todavía Pancho se le huye a Ramona para irse detrás de Perico.” Los que conocen el “funny” que publica el diario “El Mundo” de San Juan, Puerto Rico, sobre Pancho, Ramona y Perico, cogerán el sabor del chiste. Así era él, enfermo, advertido por sus médicos de que podía morir de un momento a otro, y siempre el amigo y el compañero de siempre.

Fué un profeta en la visión verdadera

del ministerio. Es maravilloso que aquel hombre convertido al Evangelio cuando ya era un joven profesional, en tiempos cuando en Puerto Rico el ministerio evangélico puertorriqueño tenía tan pocos estímulos y vivía en condiciones tan limitadas, comprendiese y captase, desde el principio de su pastorado, el verdadero sentido del ministerio evangélico.

El ministerio bautista en Puerto Rico ha pasado por tres etapas consecutivas. Llamo a la primera la etapa de la indecisión. Los misioneros continentales llamaban hombres a la obra, pero, ni los misioneros que los llamaban los consideraban como ministros del Evangelio en su plena responsabilidad, ni los hombres así llamados se sentían permanentes en la obra. El sentir general en los obreros era trabajar por algún tiempo en la obra y luego volver a otro trabajo secular, para seguir sirviendo al Señor como laicos en las iglesias. Vino más tarde la época de la transición. Empezaron a establecerse escuelas para pastores y nuestra denominación tuvo la suya. Estas escuelas más tarde se consolidaron en lo que es hoy el Seminario Evangélico de Puerto Rico. Los pastores fueron ampliando su visión ministerial y haciendo firme su vocación. Fué muriendo en ellos el complejo de inferioridad social y la gloria del ministerio empezó a brillar en sus corazones. Luego vino la época de la afirmación, cuando los pastores con visión más amplia y un sentido más profundo de su ministerio, afirmaron sus corazones en la obra. Pero en Abelardo M. Díaz Morales no hubo esta gradación progresiva. El fué consciente del verdadero sentido espiritual e intelectual del ministerio evangélico desde que entró en la obra. Tuvo siempre la gran visión ministerial sin sombras de egoísmos ni ambiciones humanas.

Pertenecía a una familia económicamente acomodada. Recibió la herencia que le correspondía, la que gastó sosteniéndose en la obra, cuando los salarios

de los pastores bautistas en Puerto Rico no cubrían las mayores necesidades de sus familias. Y ésto sin lanzar una queja, ni pedir un aumento de salario. Amaba lo íntegramente esencial del ministerio. Se regocijaba cuando sus compañeros eran ordenados, pero él, en su espíritu de humildad, siempre rechazaba la ordenación. Recuerdo que una vez cuando el Concilio de Ministros Bautistas de Puerto Rico trataba de convencerle para que aceptase la ordenación, él amablemente y en tono bromista nos decía: "Si yo soy ordenado por Dios, no necesito la ordenación de ustedes para hacer mi trabajo, y si no soy ordenado por Dios, le ordenación de ustedes no me ayudará mucho." Por fin, para complacer a su amada Iglesia Bautista de Caguas, aceptó ser ordenado y lo fué el 22 de agosto de 1924.

Abelardo M. Díaz Morales nació en Toa Alta el día 30 de enero de 1885. Murió en Caguas el día 20 de marzo de 1950. En el año 1900 se hizo maestro de escuelas y ejerció su profesión en Orocovi, P. R. En el año 1904 se convirtió al Evangelio y fué bautizado en el río Orocovi, el día 4 de marzo de 1904, por el Rev. Dr. A. B. Rudd. El día 14 de marzo de 1907 entró como obrero bautista, sirviendo el pastorado de la Iglesia Bautista de Coamo. El día 25 de diciembre de 1908 contrajo matrimonio con la virtuosa y noble señorita Asunción Alfaro Pratt. Su hogar fué siempre un oasis de amor fraternal y de verdadera cultura cristiana. En aquel hogar encontramos muchos de nosotros cordial hospitalidad y dulce refrigerio e inspiración espiritual. En aquel hogar nacieron ocho hijos: seis mujeres y dos hombres, los que heredaron la bondad, la cultura y la nobleza de sus padres.

Su ministerio duró 43 años, habiendo sido pastor de las iglesias bautistas de Coamo, Cidra, Caguas, Ponce y Caguas, por segunda vez. Su labor pastoral fué

(Continúa en la página 9)

Viejos Jóvenes y Jóvenes Viejos

Por ABELARDO M. DIAZ MORALES

A primera vista el título parece una manifiesta contradicción, una chocante paradoja, pero a poco que se medita sobre él, se verá que encierra una gran verdad.

La verdad a que me refiero es el curioso y trascendente fenómeno de una ancianidad perpetuamente juvenil y de una juventud prematuramente envejecida. Hay cuerpos viejos conteniendo almas jóvenes y cuerpos nuevos encerrando almas viejas. El anciano joven lleva el invierno en la materia y la primavera en el espíritu; el joven anciano, por el contrario, lleva la primavera en el cuerpo y el invierno en el alma.

Mas, ésto no es toda la verdad. La nieve que llevamos dentro, pronto saldrá al exterior. El invierno del alma llega a ser también el invierno del cuerpo. El envejecimiento de aquella determina irremisiblemente el envejecimiento de éste. Las flores que crecen en el interior, tarde o temprano, se mostrarán en el exterior. La primavera del alma también se convierte en la primavera del cuerpo. El rejuvenecimiento del corazón implica necesariamente el rejuvenecimiento del rostro. Resumiendo diré: ser viejo o joven en el alma equivale a ser viejo o joven en el cuerpo.

Cualquier observador imparcial y cuidadoso notará el importantísimo fenómeno que aquí señalo. Entre los latinos, y especialmente entre los descendientes del trópico, existe una enfermedad social que he llamado impropriamente **el envejecimiento prematuro del alma latina**; y he dicho impropriamente, porque las almas no están fatalmente sujetas, como las plantas y los animales, al triste e inevitable proceso de la decadencia. Y entre los pueblos sajones y anglosajones sucede todo lo contrario. Esa gente admirable posee, sin duda, el raro y precioso

secreto de una ancianidad siempre juvenil. El célebre aventurero Juan Ponce de León se engañó por completo al buscar en la Florida la fuente prodigiosa que rejuvenecía a los viejos. Yo puedo asegurar que he tenido mejor suerte que el intrépido guerrero español, pues he descubierto la maravillosa fuente de la juventud perpetua en la actividad incesante y el optimismo inquebrantable del alma sajona.

Nosotros nos llamamos y sentimos viejos antes de tiempo. La palabra viejo está en la boca de todo el mundo. El hijo hablando del padre, que no ha cumplido aún 50 años, dice: "El viejo me va a echar un regaño." Y cuando se refiere a la madre, en lugar de usar el expresivo vocablo de mamá, lo sustituye por la frase "la vieja de casa." La vivaracha jovencita de quince abriles llama despreciativamente "vieja" a su amiga de treinta años; y cuando ella cumpla 25, no faltará una muchacha de 12 años que la tenga por vieja también. Un hombre en la plenitud de sus facultades físicas y mentales, nos dice con aire compungido: "Amigo, me estoy poniendo viejo: ayer cumplí los 30." Y clavando los ojos en nosotros, nos lanza una mirada de carnero degollado, a tiempo que nos pregunta con lacrimoso tono: "¿Qué te parece?" Si uno se enferma por una semana, al dirigirse a la barbería para afeitarse, nuestros amigos y conocidos nos detienen en la calle, y con ojos muy abiertos, ademanes muy vivos y palabras muy alarmantes nos empiezan a decir: "Muchacho, ¿qué te pasa? Te estás muriendo. Pareces un mismo cadáver. Estás más barbudo que un capuchino. ¡Ave María, qué viejo te estás poniendo! Cuidate, porque a tu edad (esto aunque uno pase de los 30 años) fácilmente uno las lia." Y oyendo constantemente llamarse

viejo, llegamos a creernos viejos de veras. Y la gente nos considera en seguida como tal. Así vemos que lo que empezó siendo una mera expresión, una broma o un refrán, termina por convertirse en una pesadosa realidad.

Habiendo expuesto lo que pasa entre nosotros los latinos, notemos ahora lo que sucede entre los sajones. Antes consentían que se les llamase viejos cuando llegaban a los 50 años, pero ahora protestan y se ofenden de que así se les clasifique, aunque pasen de los 60. Sólo toleran el antipático calificativo desde los 65 años en adelante. Nótese bien que digo **consentían** y **toleran**, porque el norteamericano, el inglés y el alemán no se consideran viejos ni aún a los 80 años. Fuertes de cuerpo, fuertes de mente y más fuerte de alma no sienten el peso de los años, ni experimentan el cansancio de la vida. Como el gran Víctor Hugo, podrán llevar la nieve del invierno sobre la cabeza, pero las flores de la primavera engalanan y perfuman su corazón.

En la antigüedad hubo un pueblo genial que dejó impreso el luminoso sello de la juventud en las dulces inspiraciones de sus poetas, en las primorosas estatuas de sus escultores y en las profundas enseñanzas de sus filósofos. Hablando de este pueblo maravillosamente juvenil, nos dice un conocido pensador sudamericano: "El pueblo griego, maestro en muchas cosas, se acercó más que otro alguno a este equilibrio, al cual parecen también llegar los norteamericanos. Solón, Sófocles, Píndaro y Jenofonte vivieron hasta los ochenta años y entonces trabajaron bien." (Alberto Nin Frías, en su obra Estudios Religiosos)

Pero el pueblo eternamente juvenil, el inspirador del optimismo moderno, el de las grandes esperanzas mesiánicas, la esperanza por excelencia, es el hebreo. Sus profetas en el Antiguo Testamento y sus apóstoles en el Nuevo nos hablan de cielos nuevos, de tierras nuevas y de criaturas nuevas, es decir, proclaman la re-

novación de todas las cosas, el rejuvenecimiento de un antiguo mundo y de una vieja humanidad.

Describiendo los últimos momentos del gran legislador, el que creó el pueblo hebreo a su imagen, leemos en el último libro del Pentateuco: "Y era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor." (Deut. 34:7) Moisés murió joven, a pesar de sus ciento veinte años. Era que aquel genio entre los genios había rejuvenecido su cuerpo con el trabajo y su alma con la oración, porque la actividad del músculo y la pureza del espíritu constituyen las dos fuentes de la salud perfecta, de la salud personal.

La primitiva iglesia predicó en las obscuras catacumbas de la Roma imperial el grandioso, consolador y divino Evangelio de la juventud perennal. Dice el historiador Hurst: "Cuando moría un padre de familia, la viuda y los huérfanos, al hacer recuerdo de él, lo llamaban **el muchacho**, puesto que había entrado a gozar de la juventud perennal."

El Espíritu de la juventud es una planta que exige constante y sabio cultivo. Regadla con el refrescante rocío de la esperanza de días mejores; sustentadla con el nutritivo jugo de la alegría del vivir; calentadla con el radioso sol del Evangelio, el cual difunde suaves y benéficos rayos de nobles ambiciones, de confianza bien entendida, de servicio gozoso, de pureza, de libertad y de amor.

Los individuos y los pueblos que, ora por el pesimismo en el pensamiento, ora por la indiferencia en el corazón o ya por los vicios en la vida, se resignan a ser viejos, no han hecho otra cosa que firmar su propia sentencia de muerte. Por el contrario, los que llevan el optimismo en el pensamiento, la simpatía en el corazón y la virtud en la vida, disfrutará de una sempiterna primavera, y el ideal más amado, el obstáculo vencido, la tarea cumplida y el cielo anticipado.

(Continúa en la página 11)

La Inmortalidad

“Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?”
(Job 14:14)

Por A. C. LOPEZ

La idea de la inmortalidad del alma es no sólo muy antigua y universal sino muy urgente. ¿Y qué hace que se piense tan insistentemente en la inmortalidad? La razón es que toda persona está profundamente embebida con el deseo de inmortalidad. Este deseo, el cual se ha hecho una firme creencia, ha existido a través de las edades en la historia del mundo, en todas las naciones y tribus.

Según cierta mitología antigua, las almas de los que morían viajaban en el viento de la obscuridad recibiendo en sus respectivos rangos las almas de los que iban partiendo de esta vida. En varias partes de Europa, es costumbre abrir las ventanas de la casa donde alguien ha muerto a fin de que el alma salga de la casa y se una a las legiones de espíritus desincorporados que vagan en el espacio. En Persia, cuando alguien está muriendo, traen un perro junto a la cama del moribundo para garantizar pronta escorta para el alma en su partida. Los Mahometanos de la antigüedad pensaban que el arco iris era el puente que conduce el alma al cielo. Los paganos de la antigüedad creían que después de la muerte la persona entraba en posesión de un poder mayor al que tenían antes de morir. Un indostano se mataba a la puerta de la casa de su enemigo para adquirir mayor poder con el cual agredirle.

La idea de que los espíritus se comunican aquí sugiere poderosamente una razón por qué se acaricia la creencia de la inmortalidad. Esta idea de la comunicación de los espíritus deriva del deseo vehemente que se siente de que algún día en el futuro han de unirse a sus seres queridos que han partido de esta vida.

Esta misma idea les sugiere también las preguntas insistentes: ¿Nos conoceremos allá? ¿Nos encontraremos al otro lado de la muerte?

¿Qué razones puede haber para creer que si uno muere vuelve a vivir? Varias. La primera es el deseo irresistible del corazón por la inmortalidad. Un deseo es como un argumento. Todo apetito natural tiene que tener una satisfacción natural. El hecho de desear algo sugiere la creencia en la posibilidad de la realización de aquello que se desea. ¿Cómo se hubiera hecho universal la creencia de una vida más allá de la tumba si no hubiera una base fundamental para ello? La misma naturaleza está llena de emblemas que confirman esta doctrina. Los muchos descubrimientos de la ciencia también sugieren en formas inequívocas que hay otra vida fuera de este plano.

Pero mejor y más bello que todo lo que la naturaleza y la ciencia puedan sugerir, tenemos el testimonio directo de la gloriosa resurrección del Señor Jesucristo. “Porque El vive nosotros también viviremos”. No hay hecho más poderoso ni más definido respecto a la inmortalidad que la resurrección de Cristo.

Cuando Jesús pendía de la cruz, momentos antes de morir, dijo a uno de los dos malhechores que fueron crucificados a la vez que El: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43) El paraíso referido por Jesús estaba en el Hades, en lo profundo de la tierra. El cuerpo de Jesús fué a la tumba pero El, su persona, fué a ese lugar de almas desincorporadas para de allí volver a incorporarse nuevamente y efectuar con ello la revelación perfecta y gloriosa de la vida y la inmortalidad.

talidad. Cristo sabía que El y el malhechor referido iban a morir pero en la promesa que Jesús hizo; "hoy estarás conmigo en el paraíso" vemos confirmada la realidad de la inmortalidad, revelada tres días más tarde.

La resurrección de Cristo ha sido convertida por el mundo secular en una fiesta de flores y elegancia. La resurrección del Señor no es meramente una belleza sino un poder divino. La resurrección de Cristo es la verdad más poderosa que El presentó para probar que el mundo no está vacío de Dios, y que no son las fuerzas del llamado destino las que rigen el universo. La estructura espiritual del mundo descansa sobre la resurrección de Cristo como la piedra fundamental. La resurrección de Cristo constituye el golpe destructivo a la literatura escéptica elaborada sobre la presuposición de que el milagro es algo imposible. Asimismo la resurrección del Señor es la exponente de la ridiculez del espíritu antisobrenaturalista, y lo declara vano el ignorante.

Con su resurrección, Cristo ha llenado el mundo de la presencia divina. Cristo se ha hecho nuestro compañero inseparable, según la prometió, diciendo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Sin la resurrección de Cristo el mundo estaría vacío de Dios.

La resurrección de Cristo constituye la garantía de la salvación del alma. La resurrección es la evidencia perfecta de que el sacrificio expiatorio que Cristo realizó sobre la cruz llenó y satisfizo la justicia de Dios sobre el pecado. Pablo confirma esto diciendo que el evangelio consiste en que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que fué sepultado y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras. (1 Cor. 15:1-4).

La resurrección de Cristo deletrea juicio divino. Muy rara vez se asocia la resurrección con el juicio de Dios. Pero el apóstol Pablo, en su discurso magistral

en el Areópago de Atenas, proclama muy enfáticamente que la resurrección de Cristo establece la evidencia indisputable de la adjudicación final de la justicia divina, diciendo: "Por cuanto Dios ha establecido un día en el cual ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel varón al cual determinó; dando fe a todos con haberle levantado de los muertos". (Hechos 17:31).

En la resurrección del Señor Dios nos revela el motivo de gozo para los Cristianos, según lo expresa el apóstol, diciendo: "No os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si cremos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con él a los que durmieron en Jesús". (1 Tes. 4:13-14).

Gloria a Dios por el Cristo muerto, sepultado y resucitado.

Abelardo M. Díaz Morales: Muerto En Tus Alturas

(Viene de la página 5)

una de las más fructíferas en la isla. Sus servicios a la obra evangélica en general como presidente y consejero de las principales organizaciones, y como Director de "Puerto Rico Evangélico", fueron muy útiles, variados y de gran bendición para la obra en Puerto Rico.

Abelardo Martín Díaz Morales. ¿Muerto en tus alturas? No. Es verdad que te fuíste cuando estabas en las alturas de la gloria de tu ministerio. Pero, no. Tú no has muerto. Tú vives con el Señor. Tú vives en la obra evangélica. Tú vives en nuestros corazones. Por eso no te digo: adios. Te digo: ¡Hasta la vista, mi querido hermano mío!

H. Cotto Reyes.

Nueva York, N. Y., febrero de 1951.

problema, alivio a su enfermedad, salvación a su alma.

Vivimos en una ciudad grande, aunque dudamos si será gran ciudad. Ejercemos en ella un ministerio que es comisión de Aquel que anduvo, vivió y predicó en las ciudades. Y mientras hacemos nuestra labor cotidiana sentimos que la ciudad toda está a la puerta. Ahí fuera, al otro lado de donde estamos predicando al pequeño grupo que nos rodea, la ciudad de piedra y de acero está a la puerta. Sentimos la presión de su curiosidad insaciable. Pero también sentimos la enorme pesadumbre de su miseria y el anhelo casi palpable de su espíritu insatisfecho. Ahí está la ciudad a la puerta de cada una de nuestras iglesias, ahí espera pacientemente el milagro que ha de rehacer los cuerpos marchitos y revivir las almas mortecinas.

¿Se hará el milagro? Para que se haga tiene Cristo que estar dentro, en el mismo centro de la iglesia, en el corazón de ella. La ciudad lo busca a El y como los griegos cosmopolitas también clama: "Quisiéramos ver a Jesús." Y la ciudad quiere oírle a El, no a nosotros. De El quiere recibir la Palabra buena, vivificante, preciosa.

La tragedia de la hora presente es precisamente ésa. Tantas veces como nos engañamos creyendo que es a nosotros que la ciudad desea oír! Y le damos nuestras ideas, nuestra fórmula de felicidad, nuestro limitado concepto de la vida, y luego nos maravillamos de la indiferencia de la ciudad. Es Jesús el que puede tocar su corazón y es a Jesús a quien echan de menos cuando en vez de darles su palabra le ofrecemos la nuestra como pobre e inútil sustituto. ¿Es raro que, desengañados, los moradores de la ciudad vuelvan la espalda a la iglesia donde no está Cristo? La ciudad a la puerta se torna más de piedra y los rostros se afilan haciéndose cortantes en su cinismo. La ciudad a la puerta no se para, sino

que pasa agobiada bajo su carga de miseria y pecado.

Y otra vez, Jesús viendo a la ciudad, llora amargamente. Pero ahora llora no sólo por el destino de la ciudad misma, sino también por el fracaso de aquellos a quienes envió por ciudades y aldeas a predicar Su palabra y hacer Sus obras, obras más grandes que las que El hizo y que no hemos hecho.

Toda la ciudad a la puerta es hoy el reto y la acusación más grande que puede hacerse a nosotros los cristianos de la ciudad. Toda la ciudad a la puerta espera que Jesús hable por medio nuestro palabras que han de traer esperanza a quienes han perdido la esperanza, fe a quienes falta, valor a quienes el miedo aprisiona con ferreas cadenas, salvación a quienes se pierden irremisiblemente en su propia impotencia. Salgamos a ella y salga Cristo con nosotros para hacerle bien, mañana, tarde y hasta bien entrada la noche.

Viejos Jóvenes y Jóvenes Viejos

(Viene de la página 7)

Esos individuos y esos pueblos no podrán morir, porque no quieren morir. Serán conquistadores de la tierra y también conquistadores de sí mismos.

Cansados de la vida, enfermos del alma, ancianos del espíritu, recordad la bella y sentida invitación del pensador uruguayo, Alberto Nin Frías: "Jóvenes, recordad que la vida virtuosa conserva la verdadera juventud y esta juventud es algo más que tener pocos años. Venid a trabajar en la viña del Señor. El vino que obtendréis es aquel que da larga vida al cuerpo y una eternidad al alma."

Nota—Este artículo fué escrito en Caguas en agosto de 1922 y publicado en "Puerto Rico Evangélico."